

I

La recepcionista pareció más pequeña que nunca cuando hizo pasar al inglés altísimo al estudio de la doctora Hildegard Wolf, psiquiatra que había vivido en Baviera, Praga, Dresden, Ávila, Marsella, después en Londres, para finalmente establecerse en París.

—Vine por una consulta —dijo él— porque no tengo la conciencia tranquila. Veinticinco años atrás vendí mi alma al diablo. —El inglés hablaba en un francés de extranjero.

—¿No es más fácil si hablamos en inglés? —dijo ella—. Hablo inglés desde que era estudiante.

—Mucho más fácil —dijo él—, aunque, en un sentido, los hechos se volverán más inquietantes. Lo que tengo para contar es una historia inglesa.

Los métodos terapéuticos de la doctora Wolf habían sido perfeccionados por ella misma. La habían hecho, prácticamente, la psiquiatra más exitosa de París, o por lo menos la más requerida. Muchos intentaban imitarla. El método solo no alcanzaba: se necesitaba también su personalidad.

En general, hablaba de sí misma durante las primeras tres sesiones, yendo sólo casualmente hacia los problemas de sus pacientes; luego, en forma gradual e improvisada, los inducía a comenzar a hablar de sí mismos. Algunos pacientes, enojados, no regresaban luego de la primera o la segunda sesión. Otros protestaban.

—¿No quiere saber de *mi* problema?

—No, para serle franca, no me interesa.

Muchos pacientes, fascinados, volvían a su consultorio y obtenían su recompensa. Para entonces, el método era famoso e incluso estudiado en las universidades. El método Wolf.

—Vendí mi alma al diablo.

—Una vez en mi vida —dijo ella— yo también tuve la oportunidad de hacerlo. Sólo que no me ofrecieron lo suficiente. Déjeme que le cuente...

Le habían dicho que haría justamente eso. El amigo que la recomendó, un cura que la había consultado durante un período problemático de su vida, le había dicho: —Me aconsejó que no intentara rezar. Me aconsejó callarme y escuchar. «Lea el Evangelio», me dijo. «Jesús le ruega compasión. Tiene que entender su punto de vista, lo que Él debió soportar. Escuche, no hable. Lea la Biblia. Absórbala. Dios está hablando, no usted.»

Su nuevo paciente se quedó quieto y escuchó. Disfrutaba al gastar mucho dinero en la consulta, un lujo imposible tan sólo tres semanas atrás. Por veinticinco años, desde que lo había golpeado la tragedia en Inglaterra, había sido un fugitivo escurridizo, siempre endeudado con sus amigos, sus muchos amigos que en verdad no eran tantos cuando les tocaba desempeñar el papel de benefactores. Tres semanas atrás, su sobrenombre “Lucky” se había solidificado. Tuvo suerte. Descubrió un dinero que lo esperaba tras la muerte de uno de sus principales encubridores. Estaba en una caja de seguridad, aguardando que él se presentara. Ahora podía permitirse tener una conciencia. Podía darse el lujo de consultar a una de las más caras y

mejor recomendadas psiquiatras de París. «Hay que escucharla, ella te hace escuchar, es lo primero», le dijeron ellos; “ellos” eran al menos cuatro personas. Feliz, vestido con ropa elegante, ahora permanecía sentado y escuchaba. Estaba frente a ella, tras el escritorio, en una silla de cuero con apoyabrazos.

Era extraño, pero la gente que lo conocía del pasado creía que ya había recibido aquel dinero. De hecho, podría haber sido cobrado por cualquiera. Porque la esposa de su difunto amigo había arreglado todo para que el dinero fuera entregado sin una sola pregunta. Su nombre era Lucky y tenía suerte.

Pero el dinero no duraba. Era un gran jugador.

Las ventanas del consultorio de la doctora Wolf que daban al Boulevard St. Germain eran de vidrio doble y del tránsito sólo dejaban pasar un suave rumor.

—No sé cómo habrá sido su caso —dijo Hildegard (la doctora Wolf) a su paciente—, pero para mí, vender la propia alma al diablo implica un asesinato. Uno puede vender el alma a distintos agentes pero, hay que reconocerlo, si se trata del diablo es porque hubo una muerte o algo parecido. Cualquier cosa menor no merece ser llamada así. Por mi parte, ocurrió muchos años atrás, cuando trataba a un paciente que dependía psicológicamente de mí. Era un hombre joven, no muy amable. Su problema era la tendencia al suicidio. Resultaba tentador animarlo a que cumpliera su deseo. Era desagradable, cruel. Tenía una inmensa fortuna. Su primo, el heredero más cercano, me ofreció una suma de dinero para que empujara a este horrible joven por la pendiente. Pero no lo hice. Presentí cierta mezquindad en el primo, dudé de que realmente me

entregara el dinero una vez que mi paciente estuviera muerto. Me rehusé. Quizá, si me hubiese ofrecido una suma muchísimo mayor, habría hecho ese pacto con el diablo. ¿Quién sabe? Tal como se presentaban las cosas, dije que no, que no impulsaría a ese horrible joven a quitarse su propia vida. Es más, lo alenté a vivir. Lo contrario hubiese sido guiarlo hasta la muerte y entonces cargar yo con la culpa de un homicidio.

—¿Y al final se quitó la vida?

—No, que yo sepa está vivo hasta el día de hoy.

El inglés miraba a Hildegard de manera penetrante, como si quisiera leer sus verdaderos pensamientos. Quizá se preguntaba si lo que ella en realidad trataba de hacer era decirle que dudaba de su historia. Quería irse de su oficina, en ese mismo momento. Tal como ella lo había estipulado, había pagado por su primera sesión una tarifa altísima, de mil quinientos dólares por tres cuartos de hora. Pero ella siguió hablando. Él permanecía sentado y escuchaba con un abultado portafolio de cuero a sus pies.

Durante el resto de la sesión ella le contó que ya llevaba doce años en París y que la ciudad congeniaba con su estilo de vida y de trabajo. Le dijo que tenía muchos amigos en el campo de la medicina, la religión y las artes y que, aunque ya había pasado hacía rato los cuarenta, aún era posible que se casara.

—Pero nunca resignaría mi profesión —dijo ella.

El tiempo se había terminado sin que le hubiera hecho una sola pregunta al paciente. Daba por descontado que continuaría con el tratamiento. Le estrechó la mano y le dijo que arreglara la próxima cita con la recepcionista. Y eso fue, en efecto, lo que hizo.

Hacia el final del mes, Hildegard le hizo su primera pregunta.

—¿Qué puedo hacer yo por *usted*? —dijo, con un tono molesto, como si él estuviera invadiendo su tiempo profesional.

El inglés le dirigió una mirada arrogante. —Primero —dijo— debo informarle que la policía me busca por dos cargos: asesinato e intento de asesinato. Me han buscado por más de veinte años. Soy el desaparecido lord Lucan.

Hildegard se quedó helada. En ese momento trataba a otro paciente que afirmaba, de manera convincente, ser el fugitivo lord Lucan. Sospechó que se trataba de una confabulación.

—Supongo —dijo el hombre que en ese momento estaba sentado en su oficina— que conoce mi historia.

Sí, la conocía bien a fondo, tanto como era posible para cualquiera, a excepción de la policía, que naturalmente se guardaba algunos secretos.

Hildegard había conseguido libros, obtenido recortes de diario que iban desde 1974, cuando se produjo el escándalo, hasta la actualidad. Era una historia que no dejaba de reaparecer. El hombre que estaba frente a ella, de unos sesenta y cinco años de edad, se parecía bastante al último identikit de lord Lucan que había hecho la policía, pero, aunque de una manera distinta, el otro paciente también se le asemejaba.

El hombre que estaba sentado frente a ella se inclinó para tomar su portafolio.

—La historia está toda aquí —dijo, mientras golpeaba el abultado maletín.

—Cuénteme —dijo ella.

Sí, escuchemos todos una vez más. Los que son demasiado jóvenes o incluso no habían nacido para ese entonces también deben ser informados. Lord Lucan, a quien se refiere esta historia, fue el séptimo conde de Lucan. Nació el 18 de diciembre de 1934. Su familia y la mayor parte de sus amigos lo perdieron de vista la noche del 7 de noviembre de 1974, bajo la sospecha de haber asesinado a la niñera de sus hijos y haber intentado asesinar a su esposa. La muerte de la chica fue un error abominable. En la oscuridad del sótano, pensó que se trataba de su esposa. La investigación por la muerte de la niñera terminó en el veredicto “Asesinada por lord Lucan” y en una orden de arresto. En cuanto a la esposa, su relato de los eventos de esa noche encajaba con la investigación en todos los detalles relevantes. Sin embargo, la policía estaba convencida de que el desaparecido lord había sido encubierto luego del asesinato. Sus amigos de clase alta, dijo la policía, ayudaron al sospechoso a escabullirse y cubrir las huellas. Se burlaron de la policía, pusieron obstáculos durante la indagatoria. Para cuando pudieron seguir alguna pista de lord Lucan, él ya se había alejado lo suficiente; hasta podría haberse matado. En ese momento, muchos creían que se había escapado a África, donde tenía amigos y recursos.

De tiempo en tiempo, a través de los años, hubo quienes lo vieron. Su leyenda no se disipó. El 9 de julio de 1994 el *Daily Express* publicó una nota sobre Lucan y el final aterrador que tuvo Sandra Rivett.

El trabajo, al parecer, de un demente o de alguien a quien la presión le hizo perder el control... Cheques rechazados en todo el elegante barrio de Belgravia, cuotas de los colegios impagas, sobregirado en cuatro bancos, dinero tomado de un usurero (a dieciocho por ciento de interés). Le debía 7.000 libras a Taki, el playboy, y 3.000 a otro griego. Su mentor, el jugador Stephen Rápale, le había prestado también 3.000 libras.

La noche del 7 de noviembre de 1974, el sótano de la casa de su esposa estaba oscuro. Habían quitado la lamparita. Una mujer bajó las escaleras. Lucan atacó, no a su esposa sino a la niñera. «¿Cuándo tiene franco Sandra?», le había preguntado a una de sus hijas el día anterior. «El jueves.» Pero ese jueves Sandra no se tomó el franco; en vez de eso, bajó a la cocina para preparar una taza de té. Fue golpeada a mazazos. Luego la metieron en una bolsa. La mujer de Lucan bajó para ver qué ocurría. Fue golpeada hasta quedar cubierta de sangre. Contó que, finalmente, pudo enfrentar al agresor, a quien identificó como su marido. Lo mordió e inmovilizó agarrándolo de los testículos; le ofreció un acuerdo de complicidad y luego, cuando fue al baño para lavarse la sangre, se escapó de la casa, caminó tambaleante unos cuantos metros por la calle hasta el pub, donde irrumpió, bañada en sangre. «¡Un asesino! Los niños todavía están en la casa...»

Había tratado de ahorcarla con una mano enguantada, luego quiso matarla con el mismo instrumento contundente con el que había liquidado a Sandra.

La policía llegó a la casa. Lucan se había escapado, pero antes había llamado a su madre para decirle que cuidara a los niños, cosa que ella hizo esa misma noche.

Se supo que un amigo había visto raudamente al conde. Luego se perdió. ¿Salió clandestinamente del país o se mató?

La doctora Wolf miró a su paciente y dejó que los hechos relatados pasaran rápido por su cabeza. ¿Este hombre sentado frente a ella que afirmaba ser lord Lucan era el sospechoso del asesinato que había desaparecido? Lucan sonreía, sonreía para mostrar una cierta consideración... ¿Qué otro motivo podía tener para sonreír?

Ella podía llamar a la Interpol, pero tenía razones privadas para no hacerlo.

Dijo: —Hay otro “lord Lucan” en París en este momento. Me pregunto cuál de ustedes es el verdadero. De todas maneras, se terminó la sesión. Mañana no estoy. Venga el viernes.

—¿Otro Lucan?

—Hasta el viernes.